

El robo de los *Borges*

Los hechos suceden sin amoldarse previamente a las secciones de los diarios. La estafa que comete un alcalde, por ejemplo, ¿se produce con vocación de noticia municipal, política, o policial? Acaso para sortear este tipo de dudas, muchos periódicos disponen de varias páginas de “información general”. En una de esas páginas, el *Clarín* del ocho de agosto de 1997 consignaba un asalto ocurrido dos días antes en la Biblioteca Popular “Bernardino Rivadavia”, ubicada en Villa Ballester, el activo suburbio de clase media que alberga a no pocos inmigrantes germanos.

El seis de agosto, cuando empezaba a caer la noche sobre la plaza frente a la cual se encuentra la Biblioteca, y mientras en el interior de ésta unos jóvenes de la zona se dedicaban a la lectura (en realidad, a esa forma actual de lectura estudiantil que consiste en el fotocopiado de páginas que luego se pegarán en cuadernos o carpetas, según se curse la escuela primaria o secundaria), entró a la sala un hombre de mediana edad. De porte correcto y favorecido por una cabellera canosa, llevaba unos anteojos negros para darse aires de profesional, y es muy posible que lo fuera. Declaró sin vueltas su propósito: —Vengo a llevarme -dijo- toda la colección de *Borges*.

La empleada, ya sorprendida por la sola presencia de una persona mayor en la Biblioteca, le preguntó si era socio. El futuro borgesianizante entreabrió un bolso que traía y dejó atisbar un persuasivo revólver. A continuación, tendió otro bolso, con rueditas éste, a un compañero que entró en seguida después, hombre maduro también él, que cargó en este bolso los libros de *Borges*, incluyendo los escritos en colaboración con Bioy Casares y, quizás inducido por la contigüidad, también unos de Bioy Casares solo.

Sin exigir más nada, los ladrones se retiraron y subieron al auto casi nuevo que habían estacionado a la puerta unos minutos antes. El tráfico, bastante intenso a esa hora, no favoreció la prontitud de su alejamiento, de modo que la bibliotecaria alcanzó a tomar nota de la patente, dato

que por lo visto no ayudó en mucho al subcomisario Daniel Ohanowicz, encargado del caso: la policía, que yo sepa, carece de pista alguna.

Por su parte, el director de la Biblioteca, señor Alfredo Magadán, a quien visité después de los acontecimientos, no estaba menos perplejo. Los ejemplares sustraídos, decía, eran casi todos viejos; los ladrones despreciaron objetos de mayor valor, como la computadora, el televisor o la videocassetera. Treinta y tres, precisó, fueron los títulos que se llevaron, pero algunos estaban repetidos; de ahí que el botín llegara al medio centenar de volúmenes. Para colmo, los más pedidos.

Los libros fueron reemplazados por los que la Fundación Konex donó treinta días después del hecho. En la ocasión, se realizó un acto en el que menudearon las condenas morales a los ladrones; éstos, no obstante, permanecen indetectables, acaso sumergidos en la lectura o en una de esas depresiones que siguen a los momentos vibrantes de cualquier vida.

Es verdad que la irracionalidad económica del asalto desconcierta; pero esa misma irracionalidad tiende a circunscribir el ámbito de las posibles respuestas a la clásica pregunta que se plantea después de un crimen: *who dunn'it?* (Cf. Umberto Eco, *passim*.)

¿Quién lo hizo? El cronista del *Clarín* aventura que se trató de un robo por encargo. Otro miembro de la redacción escribe que fue la obra de "dos ladrones exquisitos", devotos de la literatura. La tesis del encargo está abonada por la creencia, hoy muy difundida en la provincia de Buenos Aires, en una rigurosa división del trabajo intelectual y manual. Pero, a primera vista, no resulta más razonable que la hipótesis del fanatismo literario de dos cincuentones. Esta hipótesis, por su parte, tiene la ventaja de ahorrar la postulación de un tercer hombre, un organizador oculto que habría planificado el golpe.

En el curso de la charla que tuve con el director de la Biblioteca, éste me contó que, luego de difundida la noticia del asalto, un librero de la Capital lo llamó para contarle que había sido objeto de un acometimiento similar, en su oportunidad ni siquiera denunciado y hasta hoy desconocido por la prensa.

Entré en contacto con la segunda víctima, que según la cronología fue la primera. En su librería "Los cachorros", al 221 de la calle Rojas, dos individuos se habían presentado el ocho de julio exigiendo todos los *Borges*, que eran cerca de treinta. También allí exhibieron los intrusos un revólver, advirtiendo que "la cosa podía terminar bien o terminar mal". Pero no eran los mismos que operarían luego en Villa Ballester.

Por empezar, aparentaban unos veinte años menos que aquéllos y vestían de forma, digámoslo generosamente, "casual". Para continuar, más modestos -o más prácticos- que los de Villa Ballester, se desplazaban en motocicleta.

La repetición del hecho robustece la teoría del robo por encargo y hasta sugiere que una sola mente rectora planeó los dos emprendimientos. Lejos está de aclararse, sin embargo, quién es el dueño de esa mente.

Como la sombra del árbol bajo el cual reposó Newton, el ocio suele propiciar la elaboración de conjeturas. Desde el mío (estoy en año sabático), me dispuse a sentar las bases para esclarecer el enigma de estos robos. Pensé, siguiendo otra tradición del relato policial, que lo primero era determinar los motivos que pudieran justificar que alguien tomara no pocos riesgos con el solo fin de procurarse unos libros amarillentos.

Los motivos no andan sueltos por el aire. Tarde o temprano, me dije, conducirán a la persona a la cual inspiraron, o sea al excéntrico que prefirió proceder a unos asaltos de dudosa rentabilidad, antes que mandar su cadete a cualquier librería más o menos surtida.

Llegado a este punto, noté que iba a caer en la suposición de un culpable vagamente insensato, recurso que la preceptiva del relato policial ya ha denigrado. Encontré entonces, más por suerte que por experiencia, el principio *ad hoc* que debe regir toda investigación seria sobre estos asaltos. En efecto, mientras me repetía para mis adentros: "el robo de los Borges", cargando el tono en uno u otro término de la frase, al enfatizar el segundo caí en la cuenta de que para resolver el enigma importaba enfocar de veras este último término, es decir, el objeto específico de las rapiñas. No se robaron joyas, ni dinero: se robaron libros, y, más precisamente, libros de Borges. En otras palabras: no estamos frente a un episodio de la historia del delito, sino a un capítulo de la historia de la literatura.

Los asaltos significan; *quieren decir* algo sobre la historia de las letras en la Argentina, sobre autores y lectores. El hecho de Villa Ballester, por sí solo, puede referirse a la evolución de los hábitos de lectura y constituir un alegato contra el uso actual de muchas bibliotecas: afirma que los libros no han sido escritos para las máquinas, sino para ser leídos por ojos humanos, por almas que los atesoren. La Fundación Konex, sin duda vinculada con la empresa homónima, no había tardado en captar este significado, ni en recoger el guante; sin vacilar, repuso los libros que habían sido durante años pasto predilecto de las fotocopadoras. Por supuesto, el asalto de Villa Ballester no es unívoco; podría

ser también, por ejemplo, una forma de atraer la atención de las nuevas generaciones sobre Borges y, de paso, sobre Bioy. (La publicidad argentina, aseguran sus cultores, es muy creativa.) O, puesto que sucedió un seis de agosto, aniversario de la bomba, el asalto quizás haya querido ser la promesa de que, de ahora en más, las armas sólo serán desenfundadas para satisfacer las más básicas necesidades literarias.

El primero y el segundo asaltos tomados en su sucesión, sintagmáticamente, pueden desatar otra serie de interpretaciones. Cualquier lector de "La muerte y la brújula", por ejemplo, comparará el tiempo que medió entre los dos asaltos con el que en el célebre cuento separa las dos primeras muertes; tratará de establecer cuándo se asestará un nuevo golpe y si éste ha de tener lugar en la Argentina, en los Estados Unidos, o (¿quién sabe?) en Dinamarca. Etcétera.

Estas confrontaciones, en el mejor de los casos, sólo forzarán unas coincidencias triviales. No por estar dilucidando robos de *Borges*, es indispensable borgesianizar. Ajeno a ese juego, pero deseando, como el que más, evitar que los asaltos cundan, me adelanto a señalar una medida preventiva derivada del principio *ad hoc* que hemos propuesto. He dicho que estos robos son mensajes. Ahora bien, bastará con captarlos en cuanto tales y con avisar públicamente que llegaron a destino, para que no se produzca un tercero y mucho menos un cuarto asalto. Me explico: el espíritu que concibió los latrocinios no perseverará si entiende que hemos interpretado lo que ha querido expresar. Es necesario y suficiente que sepa que sabemos.

¿Que sabemos qué? Antes de saber, sentimos, experimentamos. En cuanto a mí (y no he de ser una excepción), desde la primera lectura de aquel *Clarín*, sentí una atmósfera que remitía a Arlt no menos que a Borges. Recordé entonces que Ricardo Piglia, en la por momentos brillante novela *Respiración artificial*, asegura que Borges expone sus valoraciones literarias más profundas, no en sus textos de crítica, sino en los de ficción. Piglia destaca un cuento de *El Informe de Brodie*, titulado "El indigno", y lo lee como un apasionado homenaje a *El juguete rabioso*. En "El indigno", en efecto, el protagonista narra que cuando joven se había comprometido a cooperar en un asalto, pero que lo frustró delatando, unas horas antes de la señalada para la ejecución, a su jefe y compañeros ante un policía llamado *Alt*, apellidado que aludiría a Arlt.

Piglia no habrá juzgado irrelevante que en "El indigno" sea un anciano librero el que confiesa la infamia de una lejana delación, ni que el objeto del asalto allí planeado haya sido una fábrica, mientras que en *El juguete* el narrador es todavía joven y el hurto al que lo convidan se ha

de realizar en la casa de un ingeniero. Lo fundamental para Piglia habrá sido, quiero suponer, el asombro ante el irresistible -y desinteresado- impulso que conduce al personaje de Borges a traicionar a sus compañeros mayores y la presunción de que ese impulso es de la misma índole que el que lleva al muchacho de *El juguete* a entregar el Ren-go a la policía.

En Borges, la muerte suele ser un ingrediente de la emoción estética; a Arlt le bastaban hurtos de poca monta y castigos menos irreversibles. Los parecidos entre "El indigno" y *El juguete* son, sin embargo, tan notorios que autorizan a pasar por alto la circunstancia de que la víctima de la traición memorada por "el indigno" resulta muerta a balazos, mientras que la del muchacho de Arlt es plebeyamente golpeada y encarcelada.

Ahora bien, Piglia debió notar que fueron muy pocos los que tomaron en serio esa tesis de su novela, o sea la idea de una casi secreta admiración de Borges por Arlt. Si Borges expresó sus valoraciones profundas en sus ficciones, y *Respiración artificial* no hizo explotar esa evidencia ni sus corolarios -se preguntaría Piglia-, ¿por qué no dar otra vuelta de tuerca y expresar la valoración de esas valoraciones por medio de actos concretos? Haré irrumpir -se habrá prometido- el submundo de Arlt a través de las fisuras del universo de Borges; nadie podrá ignorar sus comunes esencias.

Para lograrlo, Piglia manipula (contrata) a unos ladrones alfabetizados y los manda a asaltar una librería situada en una calle que ni Borges ni sus lectores conocerían, puesto que no es la de Plaza San Martín, sino la del barrio de Caballito, aquella en la que, no por casualidad, estaba la farmacia cuyos pedidos salvaron de la miseria al protagonista de *El juguete*, puesto a corredor de una papelería.

Ahora bien, el robo de la librería no tiene repercusión alguna. Salvo unos vecinos, nadie se entera. Exitoso en apariencia, el asalto es un fracaso; no se convierte en el signo deseado. Por eso, se impone una segunda expedición: esta vez se elige una biblioteca más bien escolar, como la que robaron al comienzo de su carrera los jóvenes delincuentes de *El juguete*, y, sobre todo, pública, de modo tal que sus autoridades no puedan eludir el trámite de la denuncia, ni la curiosidad de la prensa. (Que la sala tuviese una buena cantidad de *Borges* no era una ventaja menor. Una empleada recordó que, pocos días antes del asalto, una persona visitó la Biblioteca y, después de ubicar el estante de los *Borges*, se retiró sin consultar ningún texto.)

En otras palabras: estamos ante hechos que son *pigliajes* llenos de sentido, se ejecutaron incursiones ridículas con el solo fin de hacer patente la filiación arltiana de Borges, se nos representaron episodios que escenifican ese parentesco, se dramatizó un discurso práctico de historia literaria. Por eso anticipábamos que, para evitar nuevos robos de *Borges*, convenía admitir la fuerza de la intertextualidad Borges/ Arlt, aun nutriendo discrepancias con Piglia. Por mi parte, no las nutro, pero las tendría, a pesar de lo cual doy por recibido el mensaje sin oponer objeciones que vayan a provocar una escalada: no quisiera cargar con la muerte de un ladrón de libros a manos de un "justiciero", ni mucho menos con la de algún comerciante minorista en el altar de las letras.



P.S. Nada más melancólico que los signos que remiten a ausencias. Me decidí, sin embargo, a recorrer en Villa Ballester las fichas de los libros faltantes. Una de ellas, comprobé, referenciaba el *Ficciones* publicado por *Sur* en 1944, con el retrato de Elisabeth Wrede. Y creo que había alguna otras primeras ediciones. Como muchos lo saben, esos volúmenes tienen connotaciones crematísticas. El honesto director de la Biblioteca de Villa Ballester no reparó en ese aspecto: es de los que todavía creen -como creía aquel director de la Nacional- que, más allá de las fechas de sus portadas, los libros sólo viven cuando son leídos y anudan entre su autor y los lectores una amistad entrañable. Me informan que en los Estados Unidos se acaba de vender una colección de primeras ediciones de Borges por una suma considerable. Dudo de que los ejemplares que la componen se lean mucho. Se custodiarán; en el mejor de los casos, se exhibirán. En cualquier caso, me veo forzado ahora, renunciando a mi principio, a admitir que los robos de los *Borges* han de haber sido delitos casi comunes, desprovistos de contenido literario alguno. Decididamente, todos los caminos conducen al mercado. Debí haber pensado antes que, si algo saben los ladrones, es la traducción monetaria de aquello que roban. Quizás los que buscamos procuran componer, de asalto en asalto, una colección de primeras ediciones robadas, susceptible de alcanzar un precio superior al de las colecciones honestas. Allá ellos y sus clientes. Por mi parte, sólo me queda retirar las delatoras parrafadas relativas a Piglia, con el consuelo de que ahora podré calificar a su argumentación em-parejadora como dis-paratada, sin temor a que ello provoque disparos en los próximos asaltos.

Buenos Aires, septiembre de 1997.

Marcelo Abadi
Buenos Aires